

Las heridas abiertas de la historia



MERCEDES MONMANY

La literatura construida en torno al sombrío eje de los campos de exterminio, ya se trate de memorias y testimonios auténticos, o bien de libros de ficción sobre el tema, vuelve periódicamente a estar en la palestra de forma muchas veces escandalosa, incómoda y susceptible siempre de nuevas y ardientes polémicas interminables, debido al excepcional y abismal horror que provoca esa herida jamás cerrada. El escritor alemán Bernhard Schlink (Bielefeld, 1944), conocido autor de novelas policíacas en su país, además de ser juez en su vida profesional, publicó en 1995 *El lector*,¹ impactante libro fruto de un soberbio y excelentemente ejecutado ejercicio literario que constituyó uno de los mayores acontecimientos y convulsiones sísmicas del panorama de las letras en el momento de su aparición y se confirmó como tal a lo largo de estos dos últimos años, mediante su traducción a otras lenguas.

Schlink mezclaba, de forma prodigiosa, audaz y sumamente turbadora, una historia de fuerte carga voluptuosa y sexual, con otra de no menor potencial escandaloso, ayudado para ello de una medidísima ascensión inquietante y estremecedora de los hechos sorprendentes que se iban sucediendo, como una bomba de relojería, en su relato. El método empleado era el de una novela de misterio o un *thriller* psicológico que, como una tupida y angustiosa tela de araña, iba extendiendo y completando el entramado con una lógica exacta, con unas claves que se revelaban poco a poco, al ritmo de un despedazamiento quirúrgico puntual y estremecedor. Al mismo tiempo, y de forma paralela, se convertía en una historia de iniciación sentimental a lo Flaubert o a

lo Raymond Radiguet en su famoso *Le diable au corps*. En ese relato de formación humana un chico iniciaba su recorrido significativo vital a los 15 años y, al término de la novela, sabía, conocía y asimilaba dolorosamente no sólo su propia historia, la de un adolescente enamorado y seducido, marcado de por vida por su apasionada e inusual relación con una mujer madura, sino también la historia general, con toda la brutalidad y crudeza de lo cercano y palpable, por su condición de alemán nacido en seguida de la guerra o, lo que es lo mismo, nacido sin siquiera haber tenido la oportunidad de presenciar de manera directa, por sí mismo, sin intermediarios, todo el horror acaecido en su suelo, en el de sus padres y antepasados. A él, como a otros muchos, les cabrá el dudoso honor y el inexorable deber de formar parte de las generaciones pioneras en la atormentada y pavorosa "revisión del pasado", en el saneamiento de la nación, en la persecución, el enjuiciamiento y la condena de los asesinos, después de Nuremberg.

Michael Berg, joven estudiante—hijo de un profesor de filosofía de ideología tolerante y liberal pero incapaz de transmitir un verdadero afecto y un calor humano en el ámbito familiar, donde se lo observa como algo alejado y ajeno a la vida cotidiana—, cae enfermo y casi al mismo tiempo conoce a una mujer, Hanna, de 36 años, que vive sola y trabaja como cobradora de tranvía en la pequeña ciudad donde los dos residen. Casi de inmediato inician una tórrida relación erótica, cuyo ritual de encuentro incluye siempre textos de Schiller, Goethe, Tolstoi, Dickens y muchos más, que la mujer pide al muchacho que lea en voz alta para ella, y que poco a poco se irá convirtiendo en el enigma final de la novela, en la pieza clave de su rompecabezas.

¹ Bernhard Schlink, *El lector*, Anagrama, Barcelona, 1997. Traducción de Joan Parra Contreras.

Siete años después, Michael, ya como estudiante de derecho, acude a un juicio contra cinco mujeres, antiguas guardianas de campos de concentración nazis, acusadas en concreto de dar muerte a un grupo de judías en los últimos días de la guerra, mientras eran evacuadas. Una de las celadoras, la que cargará voluntariamente con la culpa de todas, obligaba a algunas reclusas, las más débiles, que seguidamente serían enviadas desde el campo de trabajo donde residían hasta otro de exterminio, a que le leyeran libros en sus celdas. ¿Piedad en sus postreros días? ¿Sadismo selectivo? ¿Perversión? Michael reconocerá en ella a Hanna, su primer amor; entonces comenzará todo su recorrido personal y solitario, todo su enfrentamiento e iniciación respecto al conocimiento del horror, que es en su caso también el descubrimiento del "otro", y se debate de modo angustioso y casi insoportable entre unos recuerdos llenos de afecto y felicidad y la sed de justicia implacable que sacude, de forma violenta y vengativa, a toda su generación.

Remover, excavar en su pasado, significará de repente para Michael unir, a causa de su propia biografía insólita, lo privado y lo público. El recuerdo de la primera seducción amorosa, convulsionante y obsesiva, lo llevará directamente a investigar e interrogarse acerca del pasado inmediato de los suyos, de toda su nación, y también a responsabilizarse de él. Como dijo un crítico alemán en su día, el libro de Schlink plantea el tema del nazismo de la única forma posible e imaginable: "Recordarlo, escribir acerca de ello, hablar de ello: la novela lo hace de una manera impresionante y tenaz."

Enclavado duramente en el peor atolladero de la conciencia, el que exige comprensión y condena a la vez, y el que reclama sin ningún tipo de demora que el recuerdo, las marcas indelebles, la grabación precisa e incesante, se transmute a la vez en una superación del pasado, mediante su olvido y la necesaria inmersión en el presente, el libro, a través de esos continuos y dobles movimientos, revela con eficacia todo el desasosiego, la inquietud, la dificultad enloquecedora de imputar de manera exacta unas culpas que van y vienen como una pesadilla, sin lograr sedimentarse en un rostro o acción completos. Pero nos explica además, con su día a día, la imposibilidad de vivir en paz y con tranquilidad después de las terribles e imborrables experiencias pasadas que, en el caso de Berg, se reúnen, por haber éste abrazado estrecha, íntima y físicamente un resto vivo, un fantasma venido de forma directa desde aquel infierno y aquel pasado atroz que se quiere cancelar: "Era ella a quien tenía que señalar con el dedo. Pero, al hacerlo, el dedo acusador se volvía contra mí. Yo la había querido. No sólo la había querido, sino que la había esco-

gido. Me replicaba a mí mismo que en el momento de escoger a Hanna no sabía nada de su pasado."

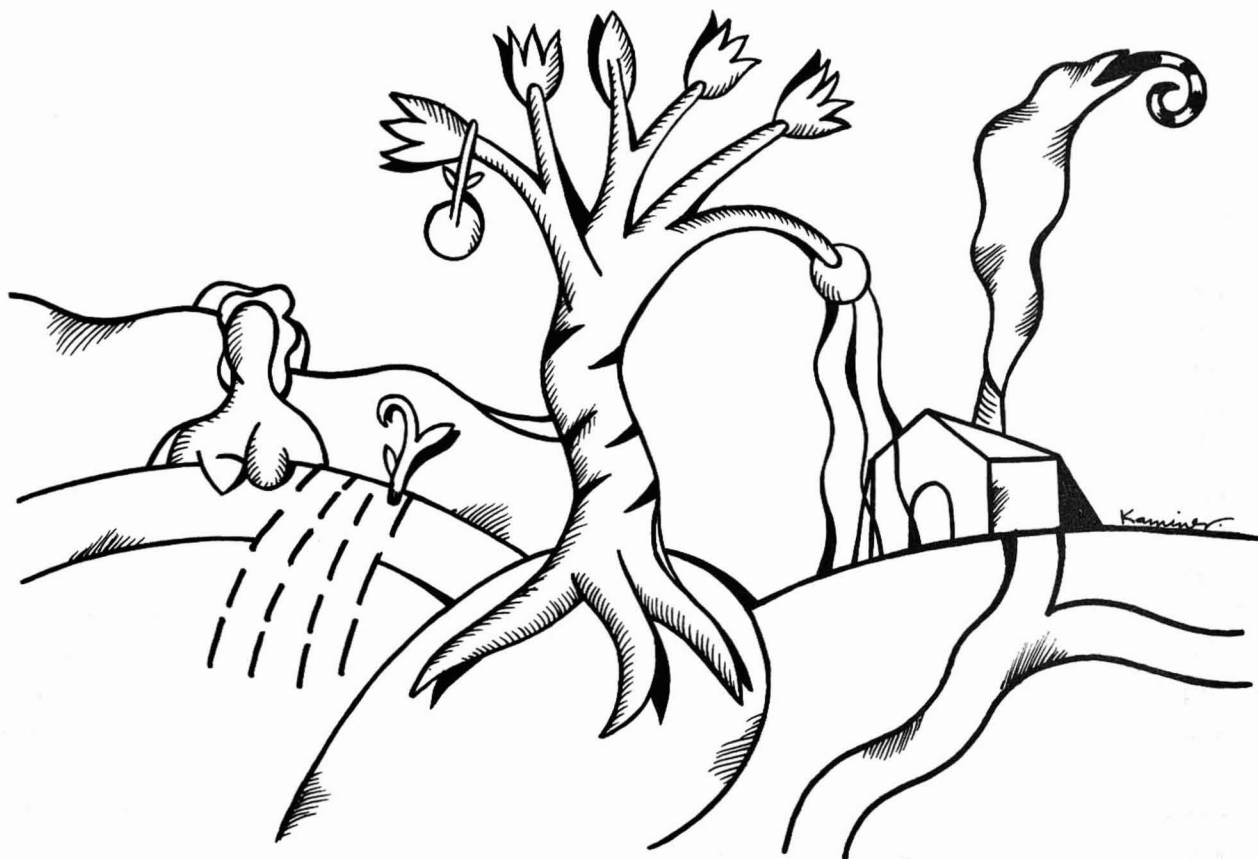
Michael sentirá dentro de sí una gran rabia, un enorme rencor hacia sí mismo por su incapacidad de encaminar sin titubeos su odio hacia un único polo, por su incapacidad de armarse de gestos radicales y contundentes, como los que muchos escogieron hacer suyos para redimir una imaginaria culpa común siempre, durante muchos años aún, pendiente de saldar:

Por entonces yo envidiaba a aquellos de mis compañeros que renegaban de sus padres y, con ellos, de toda la generación de los asesinos, los mirones y los sordos, de los que toleraban y aceptaban a los criminales; de ese modo, si no se libraban de la vergüenza, por lo menos podían soportarla mejor ... Pero ¿a qué se debía la arrogante intransigencia que exhibían tan a menudo? ¿Cómo era posible sentir culpa y vergüenza y al mismo tiempo comportarse con intransigencia y arrogancia?

Esas mismas preguntas se habrán hecho una y otra vez muchas de las comisiones de "la verdad y la reconciliación" que se han sucedido tristemente en este siglo en tantos regímenes autoritarios a lo largo de todo el mundo. Pero en el caso alemán, ya que no se produjo en ningún momento un enfrentamiento civil, la palabra *reconciliación* parecería sobrar, si no se lleva en exclusiva al terreno de la reconciliación de cada uno, en el plano individual, con su propio pasado.

Lo que hace especial y a la vez espeluznante el libro de Schlink es que el lector puede comprobar gradualmente, por sí solo, todo un símbolo de la suma "banalidad del mal" de la que hablaba Hannah Arendt en su obra que lleva tal título y cómo una cadena de estúpidos azares, en una época determinada, puede llegar a construir la más monstruosa de las trayectorias vitales. Así lo ha dicho, de forma escandalosa, Daniel Goldhagen en su libro de investigación que ha levantado tantas ampollas: *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*.² Goldhagen lo repite sin cesar: los millones de judíos que perdieron la vida en el Holocausto no fueron asesinados por lo que creían, por sus ideas religiosas u opiniones políticas, ni siquiera por sus costumbres y actitudes diferenciales. Fueron aniquilados, trivial y simplemente, tan sólo por ser judíos, pecado que venía de antiguo.

² Daniel Goldhagen, *Los verdugos voluntarios de Hitler. Los alemanes corrientes y el Holocausto*, Taurus, Madrid, 1997. Traducción de Jordi Fibla.



El diagnóstico de Goldhagen es claro: el Holocausto fue un proyecto nacional, en el que participaron todos, o al menos la gran mayoría. El antisemitismo, según este autor, era un “estadio mental” arraigado a la propia cultura germánica e indisoluble de ella, ya antes de la primera llegada al poder de Hitler. Sus tesis, rotundas y radicales, sin vacilaciones, como era de esperar, provocaron, en el momento de su aparición, en la derecha y la izquierda, todo tipo de reacciones e histerias colectivas. Aun así, sólo en Alemania, del libro se vendieron doscientos mil ejemplares, pues ponía el dedo en la llaga en el más viejo y lacerante problema: ¿por qué nunca se produjo un enfrentamiento civil, como en el caso de España? He aquí la incógnita más soslayada, con la larga serie correspondiente de preguntas lanzadas al aire, para que fueran recogidas por el también extenso conjunto de escuelas de historiadores y teóricos, revisionistas o no, de aquel vergonzoso periodo: ¿de quién fue, realmente, la culpa? ¿Cómo repartirla? ¿La culpa es única o es distinguible, susceptible de achacarse y cuestionarse por separado? Bernhard Schlink, en su novela *El lector*, en su enfoque literario del asunto, nos dirá que sí, que todo es separable y distinguible, todo es susceptible de análisis bajo la luz individual del laboratorio no exacto ni estadísticamente incuestionable de la conciencia de cada uno. Aunque sólo sea para que parte de la vergüenza de los verdugos no recaiga, de vuelta, sobre los que intentan que la justicia

vuelva a poner orden desde el futuro a toda la destrucción planeada y ejecutada desde el pasado.

Otro punto al que Goldhagen dedica buena parte de sus consideraciones sobre ese odio *eliminacionista* generalizado en el que basa su libro, y que también se vincula con la ficción de Schlink, es el trazo de los retratos psicológicos y el estudio de la extracción social de los asesinos, individualizados como tales. Según él, no siempre se trataba sólo de ss fanatizados y ávidos de sangre y destrucción. Se trataba, en superior medida, de humildes voluntarios de batallones de la policía que, como se ha demostrado últimamente mediante numerosos documentos, participaron ya en las matanzas étnicas de Rusia y Polonia, antes de que los cuadros nazis organizaran sus campos de exterminio. Es decir que eran alemanes corrientes que ni siquiera albergaban la esperanza de alcanzar futuros y previsibles ascensos en su carrera militar, y que tras la guerra volvieron tranquilamente a la vida civil. Goldhagen cita confesiones estremecedoras de estos verdugos voluntarios: “Ni siquiera se me pasó por la cabeza considerar injustas las órdenes de exterminio. Estaba profundamente convencido de que los judíos eran culpables.” Goldhagen añade que, si bien para el que rechazaba el papel de verdugo había un tenue castigo, jamás faltaron voluntarios entusiasmados en aquellos escuadrones de la muerte.

En cuanto a la reinserción inmediata y “tranquila” de estos antiguos “verdugos voluntarios”, el libro de Schlink lo

desmentirá en parte. Hubo, es cierto, ocultamiento y eliminación de pruebas. Muchos volvieron, o intentaron hacerlo, a su anterior vida como si nada hubiese pasado, pero se registraba —y él, juez en la vida de no ficción, lo sabe— una persecución judicial. El libro, a fin de cuentas, será también eso, la historia de un joven alemán que elige el derecho, las leyes democráticas posteriores a la guerra y a la legislación nazi, para estudiar y aclarar precisamente ese lapso nefasto y las motivaciones y responsabilidades de tanta gente implicada, incluidos los legisladores y jueces de la época.

Por su lado, y siempre en referencia a esos fantasmas del pasado que vuelven y exigen ser desentrañados, un día, la profesora de literatura alemana de la Universidad de California, Ruth Klüger, autora de un excelente libro de memorias (*Seguir viviendo*) y sobre todo antigua sobreviviente de los campos de exterminio, dijo en un coloquio, precisamente sobre relatos autobiográficos en torno a esta devastadora experiencia, que era consciente de que sus narraciones se habían ido convirtiendo con el tiempo en una *escape story*: en una historia angustiosa con final feliz e inesperado de alguien, un sobreviviente, que, como en una novela de aventuras, lograba evadir el horror; de esa forma se universalizaba tal desenlace hasta el punto de hacer olvidar que tan sólo una de cada siete víctimas de persecución había conseguido sobrevivir. De ahí —dice Ruth Klüger, como tantos otros ya lo hicieron— la culpabilidad que siempre arrastrará ella, sobreviviente, al escribir sobre el tema. Después de su intervención, tomó la palabra un historiador y declaró que él no podía identificarse con las víctimas y con los verdugos no quería hacerlo. ¿Qué alternativa quedaba?, se preguntará Ruth. ¿Para quién escribía, en realidad? De esa forma, Ruth Klüger pondrá de nuevo el dedo en la llaga en el eterno y espinoso tema de la *identificación*, al que ella sólo podrá responder lanzando una súplica, un ruego, a quien quiera oírla, en especial a los estudiantes que asistían al coloquio: “No os atrincheréis, no digáis en seguida que eso no os concierne.”

En el prólogo de este interesantísimo libro de Ruth Klüger, *Seguir viviendo*,³ que Jorge Semprún presenta como “uno de los pocos libros definitivos sobre la experiencia de los campos de concentración del nazismo”, el escritor distingue entre dos clases de esta literatura, de carácter especial y diferenciado. Por una parte, estarían los “relatos subjetivos” que, inmediatamente después o no del Holocausto, lo cuentan con urgencia, como exorcismo de ese sufrimiento

imborrable y extremo, de ese tipo de “extremismo de la memoria”; narran lo sucedido y ofrecen el testimonio que puede añadirse, históricamente, con base en una experiencia particular y real. Por otro lado, dice Semprún, la literatura con mayúsculas dispone de una reducida categoría de obras más elaboradas. En primer lugar, por supuesto, cita al italiano Primo Levi —yo añadiría a la polaca Ida Fink, actualmente residente en Israel, que narró de forma sobrenatural y poética su huida del gueto de Varsovia— y lo pone como ejemplo de ese intento de rebasar el mero testimonio acumulativo e informativo para lograr una creación más depurada: una obra que insista en “la necesidad de que la escritura *filtre* la realidad”. La obra de Ruth Klüger, esa espléndida recitación poética (“recitar poesías era un hábito que en mí se convirtió en manía desde la infancia y que no sólo provenía de mi afición al arte sino que era también de origen neurótico”), es a la vez una disección, una radiografía intensa y exacta, sutil, aguda y penetrante, tanto de estados de ánimo como de ambiente y temperatura social e histórica, desde su infancia en Viena y su posterior paso por el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, hasta su definitiva instalación en los Estados Unidos, adonde emigró con su madre en 1947.

Ya sólo por el hecho de nacer en 1931, hija de una familia judía de Viena, Ruth Klüger percibiría desde pequeña el antisemitismo ambiental de una forma directa, casi física, como algo definitivamente familiar. En aquellos días —refiere—, se palpaba por todas partes la catástrofe que ya había estallado. Los niños como ella, que cuando comienza la narración tiene siete años, eran educados en el tabú no del sexo, sino de la palabra *muerte*, pronunciada con pavor, en un susurro, a sus espaldas. A la vez, se les repetía la advertencia supletoria, correctiva, de que no debían hacer o provocar *risches* (antisemitismo) con su comportamiento. Es decir, ser buenos, no para ser mejores sino para evitar ser odiados o por lo menos para paliar el odio permanente de que eran objeto. Ruth, cuando aún era una niña, perdería a su padre, médico de profesión, quien, tras huir de Austria hacia Italia, sería finalmente detenido en Francia, internado en un campo de exterminio y sacrificado por último en la cámara de gas. Repentinamente, el destino arrojará a Ruth, en su terrorífico periplo por diversos campos de concentración, en los brazos protectores de su madre, una madre dura, neurótica y autosuficiente, con la que trabará una difícil y tensa relación el resto de su vida, relación que Ruth Klüger revelará como una parte más de su dolorosa disección, espeluznante y auténtica, que sin embargo —como decía Primo Levi— nació y se escribió “no para acusar ni conmover, sino para ayudar a comprender”. ♦

³ Ruth Klüger, *Seguir viviendo*, Círculo de Lectores, Barcelona, 1997. Prólogo de Jorge Semprún. Traducción de Carmen Gauger.